## Los otros dioses ocultos

Biografía musical de Jarris Margalli, ex guitarrista de Jaguares

Mario Alquicira



Alquicira, Mario

Los otros dioses ocultos. Biografía musical de Jarris Margalli,

ex guitarrista de Jaguares / Mario Alquicira

-México: Editorial De otro tipo, 2015

184 p. 23 cm

Serie: Biografía De otro tipo

Género: No ficción

Primera edición, 2015

© Mario Alquicira

D.R. © 2015 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17 / www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Pedro Cabrera

**Héctor Torres** 

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96956-2-0

Impreso en México / Printed in Mexico

#### Contenido

	Prólogo	11
I	Primeros años, retrato de una época (1959-1968)	17
II	Los Cowboys: agua dorada del mar (1969-1970)	35
Ш	El niño compositor (1971-1976)	43
IV	Mistus: la vida de un cerillo (1977-1986)	53
V	Ninot: el sonido Coyoacán (1986-1991)	77
VI	Mistus: eternamente subterráneo (1991-1992)	95
VII	La luna verde: el sueño groovy se hizo realidad (1992-1996)	101
VIII	De Lagarto a Jaguar (1996-1998)	103
IX	Despegar con los Jaguares (1998-2002)	111
Χ	Todo tiene un fin	125

ΧI	Soul: el regreso a lo esencial (2002-2006)	135
XII	Crudo: de lo sublime a lo visceral (2009-2013)	155
XIII	Epílogo	167
XIV	Discografía	169
XV	Galería de fotos	171

Dedico esta historia a Ma. de Lourdes y Joaquín Carlos, mis apás, ella es mi rebelde espíritu y él mi lunático corazón; claro, luego se intercambian el rol entre ellos. Jarris Margalli

A la mujer que me dio la vida y a quien le debo todo lo que soy.

Mario Alquicira

Gracias a Huizar Hernández, quien fuera líder del club "El equilibrio del Jaguar", por su contribución en la precisión de fechas.

### Prólogo

Qué terrible compromiso, qué difícil tarea de escribir el prólogo a la biografía de alguien a quien quiero horrores y admiro aún más. Trataré de ser tan objetiva como lo fue el autor Mario Alquicira para no desentonar. Ustedes, amigos lectores, tienen en sus manos un tomo altamente adictivo. Sólo basta con ojearlo u hojearlo para quedarse atrapado en cuartillas completas de una prosa que retrata, con fidelidad, varias décadas en la historia del rock nacional: nombres, lugares, anécdotas. Jarris Margalli es el clásico héroe oscuro, figura tan de moda desde la primera entrega cinematográfica de Star Wars. Quien, parafraseando a Sabina, "ha conquistado el éxito de culto, cortejando el fracaso". Poseedor de una personalidad misteriosa, Jarris se abre completo, absoluto, desnudo... cuando te ofrece una sonrisa. Su vida ha sido como su voz: suave, penetrante y casi casi diría que Jarris ha sido a la música rock pop de este país lo que la humedad a una casa. Se ha colado hasta los rincones más impensables. Su sonido y su sello se descubren en muchos discos, colaboraciones, entrevistas, presentaciones, revistas. Desde lo más comercial como Jaguares, hasta lo verdaderamente legendario y sólo para conocedores como Mistus o Ninot.

Para mí fue toda una experiencia poder leer estas páginas antes que otros. Me llevó de la mano como un poderoso flashback a mi infancia, con pasajes como su aparición en Estrellitas con Chabelo o por toda mi adolescencia en las húmedas calles de Coyoacán, en toquines dentro del Gimnasio. Éste debería de ser libro de texto gratuito en academias de futuros poperos y rockeros como la G Martell, Estudios de Arte Guitarrístico, Yamaha o el Sindicato de Músicos, porque en lo que aquí se cuenta está la esencia de alguien que supo, desde que tenía uso de razón, lo que quería hacer el resto de su vida. Nunca dio bandazos entre bombero y presidente de la nación. Jarris sabía que la música era lo suyo y además se descubrió virtuoso en ello. Con un ancla espiritual restringiéndole la soberbia que podría hacerlo un antihéroe, Jarris se ha mantenido con la visión lo suficientemente clara como para no sucumbir a los cantos de las sirenas que ofrecen marketing en Walmart o éxitos radiales. No está peleado con estos elementos, pero sin duda alguna serían sólo un medio y no la finalidad, como les ha sucedido a otros de su generación, y también a muchos otros con menos méritos. Como dijera el maestro Monsiváis: "cuando todo es confuso, debemos regresar a las bases", y fue eso mismo lo que hizo Jarris cuando nos presentó Soul, el cual creíamos "insuperable", pero seguido de su magnífico Crudo. Siendo el rock y el pop en español relegados por los gringos a un segundo plano, disfrazado de nicho con un MTV Latino o una entrega de Grammys especial, Jarris atravesó la barrera siendo reseñado por el director absoluto de la Rolling Stone en inglés. Muy pocos han traspasado la barrera de la pigmentocracia y la xenofobia impuestas por los anglosajones. Si acaso un Plastilina Mosh en listas de Billboard, o Café Tacuba en un alivianado Lollapalooza. Y algún otro que se me escape.

Mario rescata una cantidad de material que, todo junto, podría hacernos creer que el músico padece de una clara esquizofrenia por su omnipresencia y versatilidad, pero si se lee con rigor, la moraleja es que para sobrevivir y sobresalir en ese medio hace falta mucha perseverancia. Aquí es donde la necedad cambia su karma o defecto y se vuelve un darma virtuoso.

Otro gran atributo del libro es que el escritor se solidariza con la sencillez del protagonista y no sucumbe a tener la verdad absoluta del tema, por lo que le "presta el micrófono" a muchas otras voces que ponen en perspectiva la realidad del rock mexicano, y no se tientan el corazón para criticar a los dioses y ángeles caídos de la escena. Jarris logró "volar sobre el pantano" sin mancharse las alas. ¿Cómo logró no contaminarse?

Podrá haber sido el resultado de una serie de coincidencias, pero una robusta autoestima y dos dedos de sentido común siempre ayudan. No me logro imaginar a Jarris montado en una Hummer blindada y rodeado por guarros. O enarbolando banderas pseudohumanistas de moda, actitud que lo convertiría en el dictador musical en turno. Jarris prefiere alejarse (incluso físicamente) de la escena para platicar con sus fantasmas, cuestionar sus convicciones, meditar, hacer el bonzo y resurgir como Fénix. Camaleón musical una y otra vez... a la eternidad.

Agradezco la confianza de Mario Alquicira para invitarme a prologar este libro y el interés de ustedes, amigos lectores. Por último, después de haber terminado la lectura, una vez más me honro y congratulo de que Jarris Margalli me considere su amiga... y yo, además, su fan.

Fernanda Tapia

Mi vida, una vida de puro y absoluto rock and roll. Jarris Margalli

I

# Primeros años, retrato de una época (1959-1968)

Javier Márquez Margalli vino al mundo el 16 de julio de 1959, a las 8:16 horas, en la ciudad de México. Fue el tercer hijo del matrimonio formado por Joaquín Carlos Márquez Alvarado y María de Lourdes Margalli Sauqué, ambos abogados de profesión. La ceremonia religiosa en la que la agraciada señorita María de Lourdes Margalli unió su destino al del licenciado Carlos Márquez Alvarado, celebrada el 3 de junio de 1955, fue reseñada en la sección de sociales y actualidades de *Todo. La Mejor Revista de México*<sup>1</sup>, que contaba entre sus colaboradores al intelectual y político José Vasconcelos, al escritor Alfonso Reyes y al general Fulgencio Batista.

El nacimiento de su último vástago estuvo marcado por la música de *rock and roll*. Jarris recuerda que:

Véase "Solemne boda religiosa Márquez Alvarado-Margalli", en Todo. La Mejor Revista de México, núm. 1135, junio 9 de 1955, p. 54.

#### Mario Alquicira



1960

He nacido tan libre como otro animal; soy la fiera que busca espiritualidad

A pesar de que Lourdes Margalli era persuadida por médicos y por toda su familia de que era peligroso tener un tercer hijo, Lourdes me defendió con todo su amor. Fue un jueves 16 del mes de julio de 1959, según marcaba el calendario de la cocina de la casa de Sur 73, cuando Lourdes no podía más con los dolores a los nueve meses de su embarazo. Era un día lluvioso. Mi madre fue subida a un Mercury 55 rojo, acompañada de mi abuela Concepción y mi padre al volante. A pesar de la lluvia, llegaron volando al hospital. Lourdes estaba de excelente humor y con la valentía que siempre la ha caracterizado. Mi padre prendió la radio y coincidió con una transmisión especial en homenaje al gran rocanrolero Buddy Holly, que había muerto en un accidente junto con Richie Valens en febrero de ese año. Durante todo el camino al hospital disfrutaron del mejor rock and roll, oyendo muchas de sus grandes creaciones como: "Peggy Sue", "That 'll be the day", "Maybe baby", "It doesn 't matter anymore", que hasta donde sé fueron sus últimas grabaciones. También escucharon en el trayecto, por ahí por la Calzada de Tlalpan, una de mis favoritas: "Words of Love". Mi madre iba

tranquila, con la mejor actitud ante la vida, sin miedo a su tercer parto por cesárea. La lluvia se detuvo de repente, íbamos por el Viaducto Miguel Alemán. Terminó el especial radiofónico de Buddy Holly, y justo al llegar a la puerta del hospital se oyó la canción del momento "What I'd say", de Ray Charles. Qué forma de preparar mi llegada, con la mejor música de *rock and roll* a minutos de nacer. Fue fantástico. Mi madre no se quejó en absoluto y entró serena y sonriente al hospital Santa Elena.

Fue el prestigiado Dr. Salvador Rubirosa el que me sacó a la luz, el que me hizo entrar a este mundo material. La canción que se escuchaba muy a lo lejos, desde un diminuto radio de transistores cuando llegué con la enfermera a los brazos de mi madre era "True love ways". Afuera la lluvia inundaba la ciudad. Esta rola lo tiene todo. Es la canción de la nostalgia del *rock and roll* lento de fines de los cincuenta. Romántica, triste, sentimental, cadenciosa, honesta, innovadora. Tiene magia; es mi canción...

Tras la muerte de Buddy Holly, las estaciones radiales solían transmitir programas especiales en homenaje al gran rocanrolero. La atmósfera sonora de aquellos tiempos estaba compuesta por temas cargados de nostalgia y romanticismo. Gracias a los aparatos radiofónicos de bulbos era posible escuchar los éxitos del *hit parade* estadounidense, encabezado por la canción "Venus", de Frankie Avalon. Otras piezas musicales que bien podrían ser consideradas como el *soundtrack* de ese año eran: "Kansas City", de Wilbert Harrison (inmortalizada poco después por The Beatles), "Smoke gets in your eyes", de Los Platters. Paul Anka se encontraba en su mejor momento con "Lonely Boy" y "Put your head on my shoulder". El rey Elvis, por su parte, arremetía duro con "A Big Hunk O'Love" y "A fool such as I". ¿Y qué decir de un disco como *What'd I say*, de Ray Charles?, cuyo contenido constituyó una revolución sonora y rítmica de tales dimensiones, que llegó a cambiar muchos de los convencionalismos de aquella época.

Ese mismo 59 se suscitaron varios acontecimientos en el plano mundial: en julio, un grupo de Liverpool llamado The Quarrymen, formado por tres guitarristas: John (de dieciocho años), Paul (de diecisiete) y George (de dieciséis), ensayaba tenazmente con la esperanza de llegar a ser ampliamente conocido en el mundo del *rock and roll*. En Estados Unidos, Berry Gordy formó Motown Records, la primera compañía disquera hecha por ejecutivos negros para artistas negros, cuya aportación resultó sumamente valiosa. Se ha dicho incluso, que Tamla Motown representaba el sonido de los años sesenta. El *rock and roll* nunca hubiera sido el mismo sin el ingrediente Motown que otorgaron esos grandes músicos, entre los que destacaban: Stevie Wonder, The Supremes, Smokey Robinson, The Temptations y Marvin Gaye.

No obstante estarse gestando desde la primera mitad de la década de los cincuenta, el *rock and roll* en México arrancó definitivamente en 1959. A decir de Federico Rubli,² gran parte de este despegue se debió al papel fundamental que desempeñaron Los Locos del Ritmo, quienes fueron los primeros en grabar un disco de larga duración de *rock and roll*. Dicho LP, comercializado hasta el año siguiente, incluía el éxito "Tus ojos", compuesto por Rafael Acosta e interpretado por Antonio de la Villa. La fuerza tremenda del *rock and roll* en Estados Unidos se expandía con un poder devastador y contagiaba a una élite de adolescentes mexicanos de clase media, quienes dieron forma a los primeros conjuntos haciendo *covers* de todas las rolas rocanroleras del *hit parade*, con una virtud: la de adaptarlas al

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Rubli, Federico, *Estremécete y rueda: loco por el rock & roll*, México, Chapa ediciones, 2007, p. 104.

contexto social y cultural de nuestro país y en español. Como señala Rubli,<sup>3</sup> esta fórmula minimizaba cualquier riesgo de fracaso, en la medida en que se trataba de canciones que ya habían triunfado en su idioma original. De ahí el enorme mérito de Los Locos del Ritmo. Fue así como "Tus ojos" trascendió como una de las canciones originales más conocidas de la época.

A Jarris Margalli siempre le pareció que esta balada romántica de rock debió haber sido interpretada por el mismísimo Elvis Presley (naturalmente en su lengua materna), lo que la habría inmortalizado de por vida. La historia no lo quiso así, por lo que Elvis nunca supo de la existencia de esta gran canción. Aun así, "Tus ojos" tiene asegurado un lugar muy especial en la historia del rock and roll en español. Incluso, se dice que esta melodía fue la iniciadora de este género musical en Latinoamérica, razón por la cual Los Locos del Ritmo se autodenominaron el primer conjunto de rock en dicha región, ya que habían comenzado su actividad en 1958,4 aunque, a decir verdad, la introducción del género a nuestro país se debió a Gloria Ríos, quien en 1956 grabó con Las Estrellas del Ritmo el primer disco de rock and roll cantado. Con el Cuarteto de Mario Patrón interpretaba "El relojito", versión del original de Bill Halley y sus Cometas: "Rock Around The Clock". Así, entre 1947 y 1959 intervino en una docena de películas mexicanas, entre las que sobresalen "Juventud desenfrenada" (1956), de José Díaz Morales, "Al compás del rock and roll" (1956), "La locura del rock and roll" (1956) y "Los chiflados del rock and roll".5 1959 fue también el año en que los Black Jeans —después conocidos como Los Cami-

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Rubli, Federico, *Op. cit.*, p. 83.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Carnicer, Lucio Raul, "Asimilación del rock mexicano en Argentina".

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Lara Lozano, Arturo y Regina Martínez Ramírez, semblanza documental *Gloria Ríos, reina del rock and roll*.

sas Negras— graban su primer L.P. con los éxitos "El tigre" y "Mona Lisa". Mientras tanto, Enrique Guzmán decidió formar el fenomenal grupo de *rock and roll* Los Teen Tops.

El presidente Adolfo López Mateos cumplía su primer año de gobierno y se estrenaban las torres de Satélite; en el Tíbet, el Dalai Lama era desterrado por la China Roja y lograba asilo en la India, acusando a Pekín de haber violado la soberanía tibetana. En Cuba, Fidel Castro tomaba el poder en lugar de Fulgencio Batista; Alaska y Hawai se convertían en dos estrellas más de la bandera de Estados Unidos, y un satélite norteamericano trasmitía las primeras fotografías del planeta Tierra.

En el terreno de la moda se hacía un invento revolucionario: el bikini; la muñeca Barbie entraba en el mercado arrasando en ventas y se tomaba la famosa foto de los estudiantes de St. Mary's college apretados dentro de una cabina telefónica, imagen que dio la vuelta al mundo. En octubre de 1959, se estrenaba La dimensión desconocida, considerada por Jarris la serie de televisión más grande de todos los tiempos, del genial Rod Serling. Cada capítulo tiene para él la nostalgia, la fuerza, la inocencia y la magia tan características de esa época. Hasta la fecha, se declara un fanático consumado de aquella atemporal teleserie de ciencia ficción. Otro programa magnífico que se veía en ese año era Alfred Hitchcock presenta, con capítulos de antología y suspenso inteligente filmada también en nostálgico blanco y negro.

En lo tocante al séptimo arte, la película que más seducía y hechizaba al pequeño Javier era *Macario*, por el espíritu rulfeano que daba forma al surrealismo mexicanista. *Macario*, uno de los clásicos del cine nacional, es también uno de los mejores trabajos del director Roberto Gavaldón, basado en un argumento de Bruno Traven, inspirado a su vez en un cuento de los hermanos Grimm, con la excelente fotografía de Gabriel Fi-

gueroa. Cuando Javier nacía, *Macario* se filmaba en las mágicas grutas de Cacahuamilpa, donde fue lograda una de las escenas más inolvidables de nuestro cine: la de una caverna donde hay millones de velas, cada una para cada persona; el cuadro se completa con la luz de las velas brillando en la oscuridad. Esta escena de la cueva, diseñada para Gavaldón por el pintor José Gómez Rosas, *El Hotentote*, inspiró a Jarris para componer la canción "Diferentes colores".

"Alguien" te va guiando al futuro, puedes ver el día que morirás. En la gruta llena de colores, una vela hay por cada ser.

Otro filme digno de destacar en ese año fue *El esqueleto de la señora Morales* (México, Rogelio A. González), con Arturo de Córdova y Amparo Rivelles, lo mismo que *La Llorona* (México, René Cardona), con María Elena Marqués y Eduardo Fajardo, y *Los ambiciosos* (Francia-México, *La Fièvre monte à El Pao*), dirigida por el gran maestro Luis Buñuel y protagonizada por María Félix.

Otras obras maestras que lo cautivaron de niño fueron: *Ben-Hur* (Estados Unidos, William Wyler), con Charlton Heston y Stephen Boyd, *La bella durmiente*, de Walt Disney, y el corto *Donald en el país de las matemáticas*, de la misma casa productora.

En su primer cumpleaños, Javier recibió de regalo un pianito de madera y una guitarrita porque desde temprana edad, la música se convirtió en su pasión. Su primera manifestación artística, antes de caminar o hablar, fue dibujar. Desde sus primeros años dejaba asombrados a sus padres con sus dibujos, inventaba caricaturas a una velocidad extraordinaria. Pasaba

horas enteras dibujando a Mighty Mouse (Súper Ratón), el personaje de dibujos animados de la televisión. Además de su héroe, era su principal fuente de inspiración. "Siempre fui muy alucinado, 'los Saturnos' ya los traía integrados, incluso antes de aterrizar a la vida, mis dibujos de los dos, tres y cuatro años son mis pinturas rupestres, por su pachequez y antigüedad representan mi rollo mejor que las palabras."



1962

A los tres años, enloquecía cada vez que escuchaba una pieza llamada "El niño popis", de Los Crazy Boys; no podía dejar de bailar esa canción puesta de moda por Luis "Vivi" Hernández, en 1961. Se convirtió en el himno de su infancia. Hacia 1965, este artista aparecería en un *videotape* con Los Crazy Birds (luego de verse obligado a dejar el nombre antiguo de su grupo) en el programa de televisión más popular del mundo: El Show de Ed Sullivan, llegando a ser el primer conjunto de *rock and roll* mexicano que se presentara en dicho espectáculo televisivo (en el que habían estado figuras de la talla de Elvis Presley, The

Beatles y The Beach Boys).<sup>6</sup> Javier creció escuchando los grandes éxitos de grupos como Los Hooligans, Los Rebeldes del Rock, Los Teen Tops, entre otros. A la edad de cuatro años le atraían canciones como "Diablito loco", con Leda Moreno y, su contraparte, "El rock del angelito", con Los Rebeldes del Rock.



(Foto familiar)

En junio de 1963 salió a la venta un álbum de nueve discos de cuentos y canciones de Cri Cri, en una magnifica y lujosa edición. Javier lo escuchaba una y otra vez hasta el anochecer. Se quedaba largo rato hipnotizado viendo girar la etiqueta en forma de espiral del disco de acetato, cuyo diseño gráfico era algo innovador para su época. La película *Cri Cri, el grillito cantor*, que Tito Davison había dirigido en 1963, lo cautivó y lo

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Blanco Labra, Víctor, "¡Rock en español!", en *Notitas Musicales*, junio y julio de 1965.

invadió de su mágico encanto. La semilla del arte comenzó a germinar en él. La música del muy querido e inventivo autor de canciones infantiles Gabilondo Soler (Cri Cri) despertó al *duende de la pradera*, al músico que habitaba en su interior y dejó una impronta en su formación como artista.

Ese mismo año, sus padres lo llevaron al majestuoso cine Palacio Chino, en compañía de sus hermanos, a ver tres películas inolvidables en diferentes ocasiones. Fueron para él el equivalente de una experiencia con drogas alucinógenas, sin necesidad de haberlas consumido. Se trató de El mago de Oz (The Wizard of Oz, 1939), de Victor Fleming, uno de los filmes más portentosos de todos los tiempos y posiblemente el primero que vio. Se convirtió para él en un viaje ácido, en una pesadilla interminable. Más tarde la aclamaría como una de las cien mejores obras de la cinematografía mundial. Otra fue King Kong (1933), de Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack, convertida también en un angustioso viaje y, la tercera, El profesor chiflado (1963), con la actuación del estupendo cómico Jerry Lewis, cuya transformación en monstruo le causó terror. (En su más reciente material discográfico incluirá una rola llamada "Mis drogas", haciendo alusión a estos viajes inducidos no por mezcalina ni por psilocibina, sino por agentes naturales endógenos.)

En enero de 1963 recibió el que sería uno de los obsequios de Reyes Magos más acertados para una mente creativa como la suya: un hermoso tocadiscos de juguete que incluía diez minidisquitos de 78 rpm (Melodías Plastimarx), con canciones de Cri Cri. Los escuchaba frenéticamente todos los días, comenzando de ese modo su pasión por los discos de acetato. El encuentro con la música de Gabilondo Soler fue para él toda una revelación, capaz de marcar su espectro musical y transformar su vida para siempre. Hoy por hoy, el grillito cantor sigue

siendo considerado por Jarris el músico mexicano más grandioso de todos los tiempos.

A su corta edad, se sintió fascinado por una tonada emitida por la radio. Años después descubrió que se trataba de una canción instrumental, puesta de moda en aquellos años, titulada "Sin final", de una orquesta que se hacía llamar Los Anillos de Bronce, heredera del estilo de Glenn Miller y las grandes bandas de los años cuarenta, con el humor e instrumentación más moderna de los tempranos sesenta.

Uno de los momentos clave en su formación musical fue el haberse encontrado, a sus escasos cuatro años, con un disco recién editado de Los Beatles, por discos Musart. Se trataba de la versión mexicana del primer LP de Paul, John, George y Ringo titulado: *Conozca a The Beatles*! El rebelde indómito que estaba en su interior comenzaba a despertar, transformándose de modo inevitable en aliado del *rock and roll*. Dicho episodio tuvo lugar en una tardeada organizada por su primo hermano (José Clotario Monge Margalli), diez años mayor que él, en la que se dieron cita tanto los compañeros de la secundaria como los amigos de la colonia. De hecho, la primera canción que cree haber escuchado con atención de Los Beatles fue "I need you", de George Harrison, que para 1965 sonaba constantemente en la radio.

Un año antes, The Beatles habían arribado al continente americano después del triunfo inaudito en su natal Inglaterra. Mientras que para los jóvenes constituían un auténtico fenómeno, para los adultos eran una pesadilla, una maldición. Roberto Blanco Moheno, periodista de la prestigiada revista *Siempre!*, escribió algo como esto: "Llegaron Los Beatles a Nueva York, melenudos, con sonrisas tontas como hienas locas. Sus canciones no proyectan nada, son puro ruido y dicen que eso es música. Sus admiradoras quinceañeras se desmayan por es-

tos engendros. Son tan inteligentes que no pueden contar del uno al cinco ni con los dedos de la mano".

Por esos días llegó a casa de la familia Márquez Margalli una vieja pianola negra, con algunas teclas despostilladas que dejó encargada una amiga de su padre. Una tarde, el niño de cuatro años se sentó ante ella y comenzó a componer una simple tonada. Sin haber tocado antes ni tener noción de lo que era un piano de verdad (de no ser por el que le regalaron al año de nacido), surgió en él algo instintivo —una luz mágica, a decir suyo— que lo empujó a seguir hasta que la tonada empezó a adquirir una cierta estructura. A pesar de su sencillez, la melodía no resultaba del todo desagradable; fue así como nació su primera canción. Su madre no lo podía creer, pues era totalmente inaudito ver al bebé de la casa producir música original: "A los cinco años tocaba el piano con asombrosa facilidad e inventaba pequeñas melodías. Un primo mayor vino a vivir a casa por una temporada y le enseñó algunas pisadas de guitarra, desde entonces fue tal su afición al instrumento que logró por sí solo tocarlo y componer algunas canciones que interpretaba solo o con algunos amiguitos con los que a los siete años formó un grupo. Tocaban rock tan bonito que los carros se paraban para escucharlos y aplaudirles."

En su cumpleaños número seis recibió de manos de su abuela el primero de sus libros: Aventuras de Marco Polo. Seguramente su lectura, lo mismo que el hecho de haber crecido con los filmes de Walt Disney resultó una experiencia a tal grado maravillosa y enriquecedora que, un par de años después, daría forma al primer cuento infantil de su autoría, titulado: La noche más escalofriante. Para 1967, Javier escribiría su primera novela: La momia del pueblo fantasma (y el caballo volador). Se trataba de un cuento fantástico situado en Oriente, en el que el personaje principal, de nombre Errector, un héroe con turban-

te y cimitarra al cinto, vivía las más grandes aventuras montado en su caballo alado.



1964

Y recuerdas, marinero, la sonrisa de aquellas princesas, que salvaste de la gruta del dragón de quinientas cabezas...

La vena literaria le venía de familia. Su bisabuelo materno, Felipe A. Margalli fue, además de ingeniero, un talentoso y culto poeta tabasqueño. El hijo de éste, Homero Margalli González, heredó la tradición, especialmente en el campo de la composición poética. En él se sumó también una gran dosis de talento, sensibilidad exquisita y gran temperamento artístico, todo lo cual le puso en condiciones de publicar, en 1952, un libro de versos titulado *Nada sobre nada*. Además del encanto y de la belleza, en sus composiciones poéticas se ponía de manifiesto una lucha intensa a favor no sólo del obrero sino también de la inmensa población indígena, tratando de sacarla de la abyección y del marasmo en que se hallaba —y se halla, hasta nuestros días—. Confinada a causa de la soberbia insolente de

la clase social dominante, Lourdes Margalli, madre de Javier, se manifestaba también en la producción literaria y poética, aunque abarcaba además el ámbito de la música de manera notable. Del lado del padre sólo hubo un artista clave en el árbol genealógico: el poeta Juan de Dios Peza.

Cuando Javier ingresaba a la escuela primaria Profesora María Luisa Calderón Ponce, la época a go-go se hallaba en plena efervescencia. La música había cambiado con The Beatles, que sonaban con "Help!" y todas las canciones de su segunda película. "Yesterday", "Day tripper" y, sobre todo, "We can work it out" se escuchaban reiteradamente en la radio y se convertirían en los himnos que marcarían su infancia. Serían, de igual forma, el símbolo de una nueva era. "(I can't get no) satisfaction", de Los Rolling Stones, el grupo que vendría a ser el lado oscuro de Los Beatles (por su adición de la música negra), sería el grito rebelde rocanrolero de aquellos tiempos. Bob Dylan transformaría la lírica convencional y artística con "Like a rolling 'stone"; el maravilloso grupo The Byrds se posicionaría en primer lugar con "Mr. Tambourine Man"; The Who gritarían "My generation" como una protesta de inconformidad e inadaptación (materia prima del rock). Así pues, 1965 pasaría a la historia como un año en el que buena parte de la mejor música nunca antes imaginada sería producida.

Hacia 1966, Javier recibió de manos de su padre un pequeño regalo envuelto. Se trataba de una hermosa armónica marca Kawai. La tocaba todo el día y experimentaba melodías con ella. Ese fue su segundo instrumento musical verdadero. 1966 fue un año de desbordante fuerza musical. El globo terráqueo se transformaba como nunca lo había hecho. El *rock and roll* era no sólo la manifestación artística más importante, sino la que el mundo entero estaba buscando y encontraba por fin. En Estados Unidos, nacían simultáneamente nuevas formas

de expresión jamás soñadas o concebidas por la originalidad, la sensibilidad, la fuerza devastadora y, sobre todo, por la explosión de la creatividad y la idea de cambio radical. The Beatles daban una muestra de lo que harían con su nuevo sencillo "Paper back writer/Rain" para llegar a imponerse en la cima de la vanguardia (a años luz de distancia de sus contemporáneos) con su álbum Revolver, que vino a cambiarlo todo una vez más (como si no lo hubieran hecho antes con cada nuevo LP). Con este álbum, a la par que Fifth dimension, del grupo The Byrds, daba inicio una nueva corriente, aún sin nombre. Estaba por explotar. Algo enorme iba a suceder con la fuerza de estos dos discos. The Rolling Stones no se mantenían a la zaga, pues aportaban lo suyo con "Paint it black". Los sonidos orientales de la cítara inundaban el ambiente con nuevos sonidos y colores. Puede decirse que estos grupos le dieron el pincelazo final, pero otros hicieron lo propio también: Bob Dylan, The Animals, The Who, The Yardbirds, The Kinks, Status Quo, Frank Zappa & The Mothers of Invention, Leonard Cohen, Simon & Garfunkel, The Moody Blues. A su vez, estas bandas le daban paso a otra que estaba llegando con fuerza suprema: Cream.

En México, aunque a destiempo, la expresión juvenil también se manifestaba con bríos, ejemplo de lo cual era el programa de televisión "Discotheque Orfeón a go-gó", en donde desfilaban grupos de la primera camada del rock en México que ya iban de salida: Los Hooligans, Los Rebeldes del Rock, Los Sinners, dando paso a los de más actualidad (aunque todos seguían interpretando los éxitos estadounidenses en versiones al español): Los Rockin Devil's, Los Hitters, Los Apson Boys, Los Belmonts, Los Yaki, entre otros. Estos últimos eran sus ídolos, debido a que Beny Ibarra, el cantante, tenía el cabello largo.

Si bien Javier creció escuchando *rock and roll* hecho o interpretado en México, en los tempranos años sesenta, la primera

banda norteamericana que escogió fue The Monkees; lo enloqueció a los seis años. Su música le parecía magnífica y de un carisma arrollador. Se trataba de cuatro jóvenes cuidadosamente escogidos para competir en ventas con The Beatles. De alguna forma lograron hacerlo, ya que entraron directo al primer lugar de las listas de popularidad en todo el mundo. Se rumoraba que era un grupo prefabricado que ni siquiera tocaba sus instrumentos. "Last train to Clarksville" fue su canción debut, sonaba por doquier. Fueron ellos quienes despertaron en Javier el deseo de formar parte de un grupo de rock. Su programa de televisión constituía un verdadero culto para él y su grupo de amigos. Su primer disco de rock fue el *extended play* de 45 revoluciones por minuto (rpm), que contenía el "Tema de Los Monkees", además de otros tres *tracks*.

Aparecen The Monkees y todo cambia: mi forma de ver la vida, de pensar, de vestir; ahora la guitarra tiene una importancia suprema, empiezo a experimentar con ella, a sacarle sonido; ellos son mis "iniciadores". Quiero vestirme de la misma forma y tener el pelo largo, no sé cómo exactamente me conecto con ellos, no sé cómo llegan, tal vez por el LP que trae mi hermano Clotario de Estados Unidos y que me vende en \$17 de aquel entonces.

The Monkees son mi delirio, no The Beatles, eso es para muchachos como mi hermano, diez años mayor que yo; quiero estar en una banda de rock, es en lo único en que pienso, veo los discos EP de mi hermano Clotario, The Royal Guardsmen con "Snoopy vs el barón rojo", Count Five con "Psicosis (Psychotic reaction)", que es un megarolón prendido, garaje psicodélico al estilo The Yardbirds; los integrantes son tan jóvenes que parecen niños, uniformados con sacos rosa psicodélico y con el pelo muy largo, yo quiero ser como ellos, quiero estar en una banda de rock.

La escuela no me gusta del todo, lo que me gusta es dibujar guitarras, tengo miles de dibujos de guitarras y de los Monkees, el grupo que más me gusta, no me he conectado con The Beatles. En la primaria está de moda que en el recreo te pregunte un niño "¿Monkees o Beatles?", y según lo que contestes te ponen con gis en la espalda una M o una B gigante en el suéter azul marino; siempre traigo una M.

Después eligió a Creedence Clearwater Revival y a The Doors que, aunque de moda, eran grupos de una calidad suprema. Escuchó *Sgt. Pepper's lonely hearts club band* la misma semana de su lanzamiento en 1967 y quedó realmente impresionado. The Beatles se convirtieron en parte de su niñez. *Magical mistery tour* será igualmente ingrediente esencial en su dieta musical.

Aunque el piano y la armónica fueron los primeros instrumentos musicales que descubrió e intentó tocar, también encontró —rondando los cinco años— una pequeña *Bati-guita-rra* con cuerdas de plástico en la que estaba impresa la silueta de Batman cantando una serenata a la luz de la Luna. No obstante que era imposible extraer de ella sonido melódico alguno, resultó ser su primera guitarra. Como es fácil comprender, Javier se había dejado atrapar por la fiebre comercial desatada en torno a la figura del superhéroe de la serie televisiva. Más tarde, a raíz de que Clotario le pidió que tocara con el piano la base de la canción "Light my fire", de The Doors, al tiempo que él improvisaba con la guitarra, el pequeño Javier redescubrió y volvió a explorar los sonidos de aquel que fuera su primer instrumento. Una de sus piezas favoritas para piano era la *Polonesa militar*, de Chopin; la escuchaba incontables veces al día.

El grito estudiantil de México, movimiento cuya represión terminó en la ya conocida tragedia, es el escenario de diversas manifestaciones que pugnaron en contra del poder autoritario de los regímenes políticos. Javier formó parte de esa generación que se identificó con el rock como símbolo de la contracultura. Cream, Traffic, Hendrix, The Animals, Jethro Tull, Blue Cheer, The World of Arthur Brown, Deep Purple, Aphrodite 's Child (de Vangelis y Demis Russos) y, por supuesto, The Rolling Stones son la música de 1968. De septiembre de ese año, Jarris guarda una imagen imborrable:

Voy con mis hermanos jugando en el asiento trasero del Ford Taunus, mi madre viene manejando, de pronto aparecen varios tanques del ejército conmocionando el tránsito, todos los carros, sin excepción, les mientan la madre con el claxon, es la primera vez que veo a mi madre indignada, furiosa insultándolos verbalmente desde la ventana del carro. La represión del gobierno contra los estudiantes se va a poner al rojo vivo; mis hermanos y yo quedamos impresionados, dejamos de jugar.

Por aquella época tuvo también su primer contacto con el teatro y la actuación. En una puesta en escena organizada por su madre, representó el papel de Marco Ciutti, el paje de don Juan Tenorio, en la obra de José Zorrilla. De hecho, en 1972, ingresó a la Academia Andrés Soler a estudiar arte dramático, misma que abandonó al poco tiempo por considerar que se trataba de algo frívolo. Alrededor de los ocho o nueve años pulsó la primera guitarra de verdad, fue como si entre ambos se anduvieran buscando. Empezó a tocarla y a descubrir su magia, misma que encontró sin dificultad en cuestión de días. Se ponía frente al espejo con el disco de "Sugar, sugar", de Los Archies. Todo el día cantaba y componía canciones, dormía incluso con la musa de seis cuerdas.